

EN MARCHA, POR ELLOS QUE SON CRISTO

Uno a uno íbamos llegando al colegio... Muchos buscaban algún amigo, compañero de curso o conocido para sentirse acompañado. Cada misionero que llegaba era motivo de agradecimiento y alegría para todo el grupo. Minutos antes habíamos recibido llamados que confirmaban la asistencia de unos o informaban de alguien que desistía. Sin embargo, seguíamos llegando... Fue así como a eso de las tres de la tarde se constituyó la comunidad: más de 50 misioneros llevarían a Cristo a los hogares de la población José Miguel Carrera de Alto Jahuel.

Comenzamos con una convivencia. El calor era sofocante, por lo que mantener heladas las bebidas que habían traído los misioneros era todo un desafío. Tuvimos que usar todos los refrigeradores del colegio para almacenar el arsenal de helados que nos refrescarían durante toda la misión. El ambiente al comienzo estaba impregnado de preguntas: ¿Cómo sería esta experiencia?, ¿valdría la pena? ¿en verdad iríamos a predicar el Evangelio? ¿cómo se misiona?... tantas interrogantes.

Y fue así como tuvimos nuestra primera actividad: pintar lienzos por comunidad, en los que buscábamos alzar bien alto el lema que habría de motivar toda la misión: EN MARCHA, POR ELLOS QUE SON CRISTO. Cada comunidad misionera sacó a relucir toda su creatividad y pintó grandes estandartes que ambientaron y tiñeron de espíritu misionero la capilla de nuestro colegio durante esos días. Hicimos un semicírculo de bancas frente al altar, en el que cada uno estaba “en primera fila” frente al Buen Dios. Luego de eso, nuestros jefes nos dieron la bienvenida: palabras de aliento que daban cuenta de lo felices que estábamos todos de tener una experiencia distinta, entretenida y dinámica junto a nuestros amigos y con Jesús en el centro. Fuimos marcados uno a uno con el sello de los cristianos, aquello que nos identifica profundamente: la cruz misionera. Llegó el retiro en el que preparamos el corazón para el encuentro con Cristo, que nos esperaba en la población José Miguel Carrera. Fuimos al lugar de misión y desde ese momento notamos el enorme cariño y acogida de la gente. Era increíble ver el poder de un saludo sencillo, de una sonrisa al cruzarnos en la calle. Algo había en el ambiente de nuestra comunidad misionera que atraía, que nos hacía estar contentos a pesar del cansancio, tanto así, que unos cuantos se nos sumaron a mitad de camino, buscando quizás experimentar este sentimiento tan profundo que llenó la misión.

El calor era verdaderamente pesado. Sin lugar a dudas el “Joelito” se benefició de esta situación, pues era paso obligado de los misioneros cada vez que íbamos a la población para hidratarse y preparar el cuerpo para la caminata a todo sol. Ese día, ya de vuelta en nuestro colegio, intentamos buscar una palabra que resumiera lo que veníamos a buscar, cada uno en su intimidad con el Buen Dios formuló esa idea... Y así llegó el segundo día, era el momento de ir a compartir a las casas, las preguntas se multiplicaban, pero el espíritu misionero pudo más y fue así como muchos, vivieron lo que es ser misionado por otros, con gestos sencillos, un apretón de manos, un sentarse en la vereda a conversar, un mirar a los ojos... Era el milagro del compartir.

Muchas historias salieron de un oscuro rincón del corazón y se instalaron en lo profundo del alma de cada misionero. Hicimos un taller de niños que congregó a muchos pequeños entorno a Dios a través de nosotros. Quizás, pensábamos, le dimos a esos niños “entretención y el

momento más feliz de las vacaciones”. Y así fue como en el corazón de algunos misioneros se encendió más aún el fuego apostólico y surgió la idea de arreglar la plaza, la sede donde trabajábamos y los alrededores. Picota en mano fueron haciendo tazas para los árboles del sector, rastrillando el suelo, etc. El “campa campa” y el “lema de nuestra misión sonó fuerte en el corazón de la población José Miguel Carrera”. Una vez en el colegio llegó el momento de competir y una apasionada “guerra de canciones” alegró y encendió los ánimos esa noche, en la que los hombres salieron victoriosos y se hicieron merecedores de un sabroso “Golazo”.

La jornada fue coronada con la oración de la noche en la que pudimos recoger lo vivido. Todos nos quedamos “un ratito más” en la capilla, ofreciéndolo por las personas que conocimos durante la tarde y se instaló en medio de nosotros una paz muy especial. Esa noche no hubo música fuerte, no hubo gritos, no porque estos fuesen algo malo o estuviese prohibido, sino que muy naturalmente la tranquilidad llegó para quedarse. Reinaron las conversaciones, los vínculos, el compartir.

Y fue así como llegó el último día, las energías estaban “en reserva”, cantar nuestro himno costaba, rezar costaba, pero aun así nos levantamos y compartimos la Santa Misa en la Parroquia de Alto Jahuel, donde nos encontramos con numerosas familias de nuestro colegio. Luego de ello partimos a la población a pasar por las casas despidiéndonos y agradeciendo la acogida. ¡Cómo disfrutamos las hamburguesas con puré que almorzamos ese día!. Claramente las pequeñas cosas se agradecen más cuando hay mayor necesidad. Luego fue el momento de refrescarse, de recuperar energías, y se dio inició “no oficial” a una guerra de agua sin misericordia, el calor huyó por un rato de nuestra comunidad y la alegría se instaló. No hubo nadie que se salvara.

Ya se acercaba la última actividad misionera, un nuevo encuentro con los niños, la entrega de recuerdos que confeccionaron los propios misioneros, la limpieza de la sede y de la plaza fue la corona de todo el trabajo realizado. Un agradecido presidente de la junta de vecinos se despedía con cariño y sonriente, inmortalizando el momento con una foto que nos prometió subir al Facebook de la José Miguel Carrera.

Y así terminaba la misión externa, solo quedaba cerrar la misión interna. Fue en nuestra capilla donde agradecemos a Dios por lo vivido, donde ofrecimos por última vez el cansancio y el esfuerzo, donde nos miramos cara a cara y nos dijimos “gracias”, unos con la boca y otros con el corazón. Cantamos con la fuerza que nos quedaba ante la mirada emocionada de algunos papás que habían llegado a buscar a sus hijos y recibimos uno a uno la pulsera de misiones, el símbolo que nos recuerda y nos recordará siempre que nos la jugamos por Cristo durante un fin de semana, que quisimos regalar un par de días al servicio de los demás, que pudiendo levantarse muy tarde por estar de vacaciones, quisimos madrugar y llevar a lo alto un ideal que queremos reine en todo nuestro colegio: EN MARCHA, POR ELLOS QUE SON CRISTO...